

ALGUNAS PRECISIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA VIOLENCIA

"Al principio de los tiempos se reunieron varios demonios para hacer una travesura.

Uno propuso: -Tendríamos que robar algo a los hombres. El problema es: ¿qué les robamos?.

Tras pensarlo mucho, uno dijo: -¡Ya lo sé! Les robaremos la verdad. Pero el problema está en dónde esconderla para que no la puedan recuperar....

Uno opinó:- Podríamos esconderla en la cumbre de la montaña más alta.

Pero inmediatamente, otro replicó:- No, recuerda que tienen fuerza. Alguna vez alguien puede subir y encontrarla. Si uno la encuentra, enseguida todos sabrán dónde está....

Inmediatamente otro propuso:- Vamos a esconderla en el fondo del mar....

Pero acto seguido le replicaron:- No, recuerda que son curiosos. Alguna vez alguien llegará a construir un aparato para poder bajar y la podrá encontrar....

Y todavía otro dijo.- Escondámosla en un planeta bien alejado de la Tierra.

Y le respondieron todos:- No, recuerda que son inteligentes, y cualquier día habrá alguien que construirá una nave que pueda viajar y descubrirla. Y entonces, todos hallarán la verdad...

El último de ellos era un demonio que hasta aquel momento había estado callado escuchando atentamente cada una de las propuestas de los otros. Tras hacer un análisis de cada una, propuso:- Creo saber dónde ponerla para que realmente nadie nunca la encuentre.

Los demás, sorprendidos, le dijeron a coro:- ¿Dónde?.

El demonio respondió:- La esconderemos dentro de ellos mismos. Estarán tan ocupados buscándola fuera, que nunca la encontrarán.

Todos reconocieron que tenía razón y estuvieron de acuerdo. Y, desde entonces, ha sido así: el hombre se pasa la vida buscando la verdad por todas partes sin darse cuenta que la lleva escondida dentro de sí mismo."

Cada vez que las "eminencias oficiales homologadas" se afanan en desvelar la génesis de algún aspecto relacionado con el ser humano, como por ejemplo el que nos ocupa, su escasa imaginación les conduce siempre a concluir sus "sesudos" análisis con la típica disyuntiva que se establece entre "innatistas" y "ambientalistas". Los primeros hablan de pulsiones e instintos y los otros se expresan en términos de circunstancias biográficas desfavorables y carencias afectivas sociopáticas. En el fondo se trata de la eterna discusión sobre si "el hombre nace o se hace".

En el primer grupo las hipótesis más significativas serían: La teoría genética, que fija su origen en un segmento oculto de nuestro ADN, la etológica que extrapola las causas del comportamiento animal a la conducta humana, la psicoanalítica, que afirma que surge como reacción ante el bloqueo de la libido, la de la personalidad, que emana de una supuesta forma de ser adquirida (Eysenck y Kretschmer), la de la frustración, que considera que todo comportamiento agresivo es la consecuencia de una frustración previa (Dollard y Miller) y la de la señal-activación, que sostiene que las manifestaciones agresivas son el resultado de síndromes patológicos orgánicos (Berkowitz).

En el segundo nos encontramos con: la teoría del aprendizaje social, que considera que el comportamiento agresivo es el resultado de una asimilación por observación e imitación (Bandura), la teoría de la interacción social, que concede mayor importancia a la influencia del ambiente y de los contextos sociales más cercanos a la persona, la teoría sociológica, que interpreta la violencia como un producto de las características culturales, políticas y económicas de la sociedad y la teoría ecológica, similar a esta última pero un tanto más sofisticada (Bronfenbrenner).

Algunos autores algo más conciliadores señalan que ambos factores intervienen por igual y es que, en esencia, no son tan divergentes y excluyentes entre sí como pudiera parecer a primera vista, ya que los dos coinciden en presentar un modelo de ser humano absolutamente pasivo, sin capacidad de decisión alguna y sujeto a todo tipo de condicionantes fisiológicos o vitales que supuestamente le determinan por completo.

Sin embargo, si el margen de libertad fuese en realidad tan estrecho: ¿Qué responsabilidad cabría exigir entonces a cualquier persona por sus actos?. Precisamente por ello es muy posible que detrás de esa incesante búsqueda de justificaciones ajenas al hombre exista, en realidad, la intención de ocultar esta vergonzante lacra de la humanidad bajo la alfombra de ese hipócrita sentimiento de culpa tan característico de la tradición judeo-cristiana, amparado por el mito del pecado original. En ello coinciden un gran número de autores tales como Ashley Montagu, Geoffrey Gorer, Scott y Boulding.. Y es que tal y como señaló en su día el filósofo inglés John Stuart Mill, "De las posibles maneras de eludir las influencias de la moral y la sociedad sobre la mente humana, la más corriente es la de hacer responsable de las diferencias de comportamiento y carácter a diferencias naturales innatas".

Es verdad que si miramos al ser humano "desde fuera" bien pudiera resultarnos algo parecido a un mono. Tal apreciación se acentúa cuando comprobamos además que compartimos con él más del 90% del historial genético. Por consiguiente: ¿Por qué no habría de funcionar entonces de acuerdo a las leyes que regulan la naturaleza?. Los que así opinan no deben de sentirse muy diferentes a sus parientes evolutivos y han desarrollado la singular estrategia de observar monos para así poder entender a las personas, convirtiendo la psicología en una especie de etología humana. Entre ellos destacan Konrad Lorenz y, sobre todo, Desmond Morris con su "mono desnudo", que nos recuerda mucho a aquella anécdota en la que Diógenes

parodiaba lo del "bípedo implume" (definición platónica de ser humano), mostrando por las calles de Atenas un pollo desplumado gritando: "He aquí el hombre de Platón". El fin último de todos ellos es responsabilizar a los animales de nuestra propia violencia, pero al no hallar, en ellos, vestigio alguno de tan deleznable comportamiento, intentan cuadrar el círculo, aprovechando su natural falta de sutileza, para extraer de su chistera el concepto de agresividad que, por supuesto, se relaciona con nuestra violencia, según ellos, mediante un misterioso y atávico legado, hasta ahora desconocido. Mientras, se apresuran a hallar ese pedazo de ADN, responsable de tal maldición, ciegamente convencidos de su existencia porque es lo único tangible que otorgaría alguna credibilidad a sus vagas sospechas.

En ese sentido cabe señalar que estudios más recientes han demostrado que incluso esa supuesta agresividad no puede entenderse como un mecanismo automático. Se ha comprobado que es tan sólo una de las opciones a las que recurren los monos cuando surgen conflictos entre ellos. A veces, las escaramuzas se evitan ofreciendo al adversario la posibilidad de compartir comida, o sencillamente ignorándolo. En numerosa situaciones, los chimpancés y otros monos acaban reconciliándose con abrazos, besos y caricias. El etólogo Frans B.M. de Waal afirma, fruto de sus estudios, que con frecuencia, estos animales llevan a cabo rituales de pacificación para evitar luchas sangrientas y preservar así la cohesión social de sus manadas. En algunos casos, los monos superiores del grupo llegan a actuar como mediadores, animando a los adversarios a superar sus diferencias.

Por otro lado, algunos estudiosos mencionaron en su momento la existencia de ese supuesto "gen de la violencia", siendo objeto de estudio en todo el mundo. El debate se mantuvo vivo durante algún tiempo al descubrir que, entre los asesinos más despiadados de las cárceles norteamericanas, la mayoría de condenados poseían un curioso cromosoma "XYY". Pronto se comprobó que este "trío" singular también lo poseían otras personas ajenas a la población reclusa y con un comportamiento social normal, por lo que la teoría tuvo que ser desechada.

Hoy en día, el mito de la herencia genética y la determinación social están totalmente descartados y la UNESCO ha dado por zanjado el tema a través del Manifiesto de Sevilla, en el que participaron 17 especialistas mundiales, representantes de diversas disciplinas científicas, mediante una reunión en mayo de 1986 en Sevilla, España. Dicha declaración conjunta ha permitido conceptualizar definitivamente la violencia al definirla como un ejercicio de poder, refutando el determinismo biológico, calificándolo de error científico, que pretende, en el fondo, justificar la guerra y legitimar cualquier tipo de discriminación basada en el sexo, la raza o la clase social. La violencia es, según se desprende de las conclusiones del encuentro, evitable y debe ser combatida. El informe final advierte además sobre la inexistencia de base científica alguna que justifique que la fisiología neurológica nos obligue a reaccionar violentamente, al estar nuestros comportamientos supuestamente modelados por nuestros tipos de acondicionamiento y modos de socialización.

En realidad, si el hombre ha llegado hasta aquí no ha sido gracias a simples reflejos instintivos sino a través de respuestas cada vez más elaboradas, inteligentes y complejas, tales como la cooperación, que originó el lenguaje y posteriormente, con la escritura, el registro histórico. Si hemos de reconocer alguna tendencia "innata" o perenne en el ser humano es precisamente esa y no la de enfrentarse los unos con los otros tal y como afirmaba Hobbes, fruto probablemente de un espíritu atormentado y resentido.

En definitiva, si, en lugar de espiar a los simios, optamos por observar a nosotros mismos, es decir, atendemos al ser humano "desde dentro", nos daremos cuenta de que, en numerosas ocasiones, actuamos de manera mecánica o automática y sucede entonces que la inercia cultural y social adquirida es la que se expresa, en realidad, a través nuestro.

Precisamente en este hecho se apoyan los "ambientalistas" para defender su postura, pero lo único que demuestran con ello, tal y como bien explica Mario Rodríguez Cobos (Silo) a lo largo de su obras "Psicología I, II, III y IV", es que las grabaciones reiteradas, almacenadas en memoria, tienden a fortalecerse y establecer así una tendencia inconsciente, generando así el espejismo de la personalidad. Todo ello resulta absolutamente lógico y constituye lo que podríamos denominar el "piloto automático" de la conciencia. Sin embargo, en el psiquismo humano no siempre el "conductor" está distraído. En esas otras circunstancias en las que no nos comportamos compulsivamente, siempre se nos presenta un abanico de posibilidades a elegir a la hora de dar una respuesta. Normalmente, en tal situación, la probabilidad de reaccionar violentamente se reduce de manera drástica.

En ocasiones, los defensores de la dictadura del entorno, para barnizar sus decadentes creencias y maquillarlas con un halo pseudocientífico, escenifican pomposos experimentos en los que coaccionan a un grupo de personas para que se comporten de una determinada manera, haciendo hincapié luego en el alto porcentaje de éxito obtenido, mientras omiten que, incluso en las circunstancias más desfavorables, siempre existe disidencia, lo que denota influencia a la vez que niega toda determinación.

Por consiguiente, de estar en lo cierto, la violencia se relacionaría esencialmente con un modo irreflexivo y poco atento de actuar por nuestra parte y ello explicaría el estrecho vínculo existente entre alcohol, drogas y violencia, al propiciar esa pérdida de control característica del acto violento según estamos advirtiendo.

Sin embargo, la existencia de automatismos, necesarios para realizar tareas intrascendentes que demandan un alto grado de economía psíquica, no justifican por sí solos la violencia existente, al no establecerse una relación biunívoca entre ambos términos. Otro aspecto importante a considerar en esta cuestión se refiere a esa capacidad tan humana de modificar el entorno mediante la producción de objetos. Esa mirada externa y superficial, tan frecuente, a la que venimos aludiendo tiende, a su vez, a cosificar al hombre mismo, naturalizándolo.

"Cuentan que en cierta ocasión un hombre dormía rodeado por las llamas al declararse un incendio en su casa. Un grupo de vecinos en la antesala de su habitación discutían sobre la conveniencia de cogerlo entre todos y sacarlo por la ventana, por la puerta o derribando un muro, hasta que un individuo verdaderamente sabio y sensato intervino y alzando su voz dijo:

-¡Despertémosle y que él mismo salga por su propio pie por donde considere más oportuno! "

El actuar de manera mecánica nos lleva a no distinguir lo humano del resto de manifestaciones lo que, a su vez, nos conduce, en ocasiones, a interaccionar con otros como si fueran meros objetos. Así cuando precisamos algo de alguien olvidamos, a veces, el pequeño detalle de que ese "alguien" posee voluntad propia y que manipularlo como a un títere constituye la esencia misma del acto violento que, por definición, es toda situación en la cual un ser humano queda psicológica o físicamente a merced de otro mediante cualquier forma de control, sumisión, chantaje, discriminación, humillación o explotación.

Es por ello que el modelo de sociedad, sin llegar a condicionar del todo, influye, no obstante, decisivamente a la hora de mantener esta situación. La jerarquización de toda organica colectiva, nos ha acostumbrado a la dinámica de obedecer sin reflexionar acerca de las consecuencias que se derivan de nuestras acciones, perpetuando así cualquier forma de violencia instalada previamente en ese entramado común en el que nos insertan, antes siquiera de preguntarnos qué es lo que deseamos hacer con nuestra propia vida. Se trata de una red, más o menos explícita, que nos conecta a todos, desarrollando un proyecto ajeno, como si fuera una gran cadena de montaje absurda y monótona.

Por consiguiente, quebrar la inercia social reinante, que nos impele a sostener la violencia ya presente en el medio, mediante comportamientos intencionalmente más atentos y considerados, por nuestra parte, hacia los demás no será suficiente. Por otro lado, modificar las estructuras autoritarias, tornándolas más horizontales y participativas tampoco, por si solo, bastará. Solamente impulsando simultáneamente ambos frentes será posible ir cosechando éxitos. En definitiva, patologías y desbordes aparte, nada que no pueda irse resolviendo si en verdad se desea y adquiere, para nosotros, la importancia necesaria.

Si, por el contrato, nos resignamos a asumir la violencia como un estigma inexorable nadie hará el más mínimo esfuerzo por superarla. Sabemos por recientes estudios que en los albores de la humanidad la antropofagia era una práctica muy común. Hoy, sin embargo, la sola idea de comer carne humana nos produce una total repugnancia. Como afirmó Martin Luther King: "Llegará un día en que cualquier acto violento nos producirá el mismo asco que hoy nos produce la idea de alimentarnos con nuestros semejantes".

PACIFISMO ESTRATÉGICO

Harto de escuchar y de leer majaderías sobre el tema del pacifismo, vertidas por "culturetas" advenedizos procedentes de esa izquierda marxista que, pese a hallarse en pleno proceso de revisión, no pierden por ello esa arrogancia que siempre les caracterizó, me siento en la obligación de aclarar algunas cuestiones.

Aunque la no violencia es tan antigua como el hombre mismo (posiblemente más antigua incluso que la violencia), no se ha empezado a teorizar sobre ella hasta hace relativamente poco tiempo. Algunos autores, buscando quizás los "tres pies al gato", se entretienen intentando establecer las supuestas diferencias conceptuales entre escribirlo con guión o sin el, junto o separado cuando en realidad cada cual lo escribe, a falta de reglas ortográficas precisas al respecto, como "le nace". Otros, a su vez, haciendo alarde de un contorsionismo filosófico sin igual, hablan de una no violencia pragmática o estratégica para diferenciarse de otra a la que ellos califican de ética o moral. Es como ser o no violento según convenga... ¿Se imaginan actuando así con respecto a otros valores?... Ser o no justo en función de nuestros intereses... Ser o no demócrata dependiendo de los objetivos planteados... Eso no es pacifismo... Ni siquiera es maquiavélico... Dejémonos de eufemismos al más puro estilo orweliano... Eso se denomina oportunismo político. Y es que tamaña incongruencia posee una sencilla explicación. Muchos de los que establecen ahora esa distinción, hace años consideraban la guerra como "la partera de la historia" y se dedicaban a insultar a los que defendíamos la metodología de la no violencia activa argumentando que con ese discurso, contrario a la lucha armada, intentábamos amansar a las poblaciones para que no se alzasen en armas tal y como ellos pregonaban, creyéndose entonces la vanguardia de la humanidad. Pero la historia coloca a cada cual en su sitio y hoy miran hacia atrás avergonzados de tanta sangre derramada inútilmente mientras se enfrentan a esa sociedad que pretendían liderar y que hoy les grita claramente que no quiere más guerras. Sumergidos en sus incultas paranoias asocian la práctica de la no violencia con determinadas corrientes religiosas de las que, por razones obvias, desean distanciarse. Pero ni la religión posee el monopolio de la Paz, ni se puede ser pacifista de 8 a 3. Si uno es mínimamente honesto con lo que afirma defender, su comportamiento, en cada uno de sus actos, ha de acompañar a tal propósito. Pero su necedad no conoce límites y, tratando de adaptarse a las aspiraciones de la sociedad actual en lo que a metodología de lucha se refiere, eludiendo el reconocer su dramática equivocación, optan entonces por mantener esa tibieza frente a la violencia, tan característica de la incoherencia y la hipocresía. No nos dejemos engañar con eso del pacifismo pragmático... Los verdaderos pacifistas somos aquellos que trabajamos por ir superando la violencia, empezando por nosotros mismos. Es decir, asumiendo una ética personal consecuente con ese anhelo. Lo demás... Permitanmé la expresión... Son "pajas mentales".